

Trigésimo Segundo Domingo del Tiempo Ordinario 7 de noviembre, 2021

Los Pobres

Como cristianos, sabemos mucho sobre el testimonio y el servicio que estamos llamados a prestar a los pobres entre nosotros. Sin embargo, los pobres también tienen un testimonio y un servicio que prestar nos. Al igual que las acciones de la viuda en el Evangelio de hoy, la apertura y la generosidad de muchos de los que son pobres, aun en medio de su propia pobreza, dan testimonio del hecho de que, en definitiva, podemos depender solo de Dios. Si damos todo es un testimonio de que Dios dará todo a cualquier persona que confie en la bondad divina.

Los pobres o desfavorecidos también prestan servicios. Pasan juicio a nuestra manera individual y corporativa de actuar. Si personas que están durmiendo en la calle, eso es un juicio sobre las prioridades respecto a los demás. Al mismo tiempo, los pobres pueden actuar como mediadores de la salvación. Cuando cuidan a los demás pueden redimir nuestra indiferencia e insensibilidad, llevarnos a ser cuidadosos también, y a salvarnos de nosotros mismos.

—Copyright © J. S. Paluch Co.

Vida de Mayordomía

La Primera Lectura de hoy del Primer Libro de los Reyes, así como el pasaje del Evangelio de Marcos, se centran en las acciones de dos viudas pobres. El pasaje del Evangelio a menudo se llama la historia de la “Ácaro de la viuda.” Pero en conjunto, quizás un título más apropiado para las historias de estas dos damas sería, “Las poderosas viudas.”

En nuestra primera lectura, el profeta Elías se encuentra con una viuda durante una terrible hambruna. Se está preparando para hacer una última comida para ella y su hijo antes de que se acabe el suministro de alimentos. Elijah, actuando como mensajero de Dios, le dice que no tenga miedo y le pide que le dé algo de comer antes de preparar una comida para ella y su hijo. En un extraordinario acto de confianza y heroica hospitalidad, accede a la petición de Elijah. Una vez más, hablando como el propio mensajero de Dios, Elías le asegura la provisión especial de Dios para ella, diciéndole que “su jarra de harina no se vaciará, ni la jarra de aceite se secará, hasta el día en que el Señor haga llover sobre la tierra...” Efectivamente, la viuda y su hijo pudieron comer durante un año, tal como Dios lo prometió.

En el Evangelio, Jesús observa a la multitud mientras hacen sus ofrendas al tesoro de la sinagoga. Ve

a la gente rica aportando grandes sumas, mientras que una viuda pobre aporta sólo dos monedas pequeñas. Aprovechando este momento propicio para la enseñanza, Jesús llama a sus discípulos a sí mismo y les dice que, según sus cálculos, es la viuda la que ha hecho la ofrenda más agradable. A diferencia de los ricos, que daban una parte de lo que les sobraba, la viuda daba todo lo que tenía, “todo su sustento.”

A los ojos del mundo, particularmente en los tiempos bíblicos donde no había seguro de vida ni Seguridad Social, estas viudas eran débiles y dependían de otros para que las cuidaran. Cada uno de ellos se encontró en situaciones desesperadas: uno durante una hambruna con un niño al que cuidar y el otro claramente empobrecido. Sin embargo, cada uno demostró una fuerza y generosidad que los distinguía de los que los rodeaban. ¿De dónde vino esta fuerza?

Proviene de saber quiénes son y de quién son. Estas mujeres deben haber sabido que su seguridad no provendría de una buena póliza de seguro de vida o conexiones con alguien con un almacén de harina escondido.

No, su seguridad provenía de saber que eran hijas del Dios Altísimo y de poner su fe en Él. No necesitaban entrar en pánico en medio de un desastre natural o aferrarse desesperadamente a sus recursos serviles. Su fe en Dios los liberó para confiar en Él cuando todo parecía desesperado. Su fe los mantuvo alejados de las posesiones materiales. Su fe les permitió ser valientes y generosos, pensar en los demás a pesar de sus propias pruebas.

Estas mujeres se veían a sí mismas como mayordomos, no dueñas, de los recursos que Dios les dio, sin importar cuánto o qué tan poco tuvieran. Y actuar como mayordomos los hizo amables, generosos y verdaderamente poderosos.

—Catholic Stewardship Consultants; Stewardship Bulletin Reflections

Fiesta de la Fe: La Eucaristía es Nuestro Banquete

La Eucaristía es una celebración de hermanos y hermanas a la que se acude a participar, no a ver. Vamos a ella a comer y a beber algo muy especial, con una actitud muy especial. La celebración plena y total de este sacramento se da solamente cuando se participa plena y totalmente en este banquete. No es como quien va a una fiesta de cumpleaños y, al invitarle a pasar a la mesa dice: “Yo sólo vine a ver, muchas gracias.” Pero la Eucaristía no es algo mágico, es divina, no mágica; no obra en nosotros a menos de que participemos en ella como se espera que lo hagamos.

Vamos a ella no a manifestar lo que no somos, sino a reafirmar lo que somos, hijos e hijas de Dios, por eso es banquete gozoso. Vamos a dar gracias por lo que Dios ha hecho en nosotros, por lo que queremos que

haga. Vamos a sentarnos a la mesa para compartir de un mismo pan y celebrar la misma alegría: que Cristo se hace pan para que todos comamos; que se hace vino para que todos bebamos. Coman y beban.

—Miguel Arias, Copyright © J. S. Paluch Co.

Tradiciones de Nuestra Fe

Antes de regresar a la derecha del Padre, Jesús prometió estar con sus discípulos siempre. Esta es una promesa que Él ha mantenido de diversas maneras, estando con nosotros por su Espíritu, por su palabra, en nuestro corazón. Pero Jesús también desea estar con sus siervos de una manera física y real, es por eso que en su Última Cena tomó pan y vino consagrándolos como su cuerpo y sangre.

La Eucaristía que Jesús inauguró el Jueves Santo continúa consagrándose día tras día en las manos de sacerdotes santos y ni tan santos. No es la dignidad del cura que importa sino, la generosidad de Cristo que desea estar con sus fieles. Uno de estos fieles, el joven uruguayo Walter Elías Chango Rondeau, (1921-1939) en sus pocos años de vida encontró consuelo en el hecho de que Dios se entrega a sí mismo en la comunión.

Según testigos, Walter animaba a sus compañeros a la reconciliación y la Eucaristía. Hablaba tan elocuentemente del Santísimo Sacramento, que parecía sacerdote. Siendo laico, él supo ejercer su sacerdocio bautismal.

—Fray Gilberto Cavazos-Glz, OFM, Copyright © J.S. Paluch Co.

XXXII Domingo del Tiempo Ordinario

Rápidamente llegamos a admirar a la viuda del Antiguo Testamento a la que Elías pide ayuda. La viuda de Sarepta sólo lleva “leña” para concinar sus limitados recursos, “un puñado de harina y un poco de aceite,” cumpliendo con su responsabilidad personal, “para mí y para mi hijo” (1 Reyes 17:12). La petición de Elías exige una gran fe y agnecación por parte de esta pobre viuda, ya que proporcionar esos ciudadanos vitales a un profeta “extranjero” pone en gran riesgo la supervivencia de la viuda y de su hijo: su religión es la adoración del falso ídolo del paganismo, Baal; su rey es el padre de Jezabel y de Ajab, a quienes Elías enfureció declarando que Dios había decretado una sequía para castigarlos por corromper a Israel con el culto a Baal de Jezabel. Elías hace explícito el riesgo de la viuda al prometer que su harina y su aceite no faltarán por el poder del “Señor de Israel (¡no de su dios, Baal!)” (17:14). Por lo tanto, se exige fe tanto al que da, la viuda, como al que pide, Elías.

Don de Abnegación

El episodio del Evangelio de hoy tiene lugar justo después de que Jesús entre en Jerusalén, inmedia-

tamente antes de su Pasión. Con confianza y abnegación, como la viuda de Sarepta y la viuda que Jesús ve en el templo, Jesús lo daría todo por nuestra redención. Así, Jesús subraya de la viuda que ve que su entrega es sin reservas: “de su pobreza, todo lo que tenía, todo su sustento” (Marcos 12:44). Y, sin duda, Jesús se vio a sí mismo y a su entrega en ella y en su entrega.

En el siguiente capítulo de Marcos, Jesús predice la caída de este mismo templo. Así que la donación sin reservas de la viuda de lo que no podía pagar debió de parecerle a Jesús tanto una victimización por parte de los demás como, al final, un regalo inútil: el edificio controlado por la manipulación de los escribas estaba destinado a la destrucción. La donación de ella se convirtió en una vívida prefiguración de su propia victimización por parte de otros en la entrega sin reservas de su propia vida, que a muchos les parecería un regalo inútil, pues Jesús moriría y sería enterrado.

Sólo los verdaderos discípulos de Jesús—nosotros—creemos que, por su resurrección, Jesús se ha convertido en la Piedra angular del nuevo edificio, la Iglesia, que sustituye a aquel templo derruido. Por lo tanto, debemos hacer nuestra propia entrega a Dios en nuestro incesante regalo de amor abnegado a los demás hasta que Jesús vuelva.

—Copyright © 2021, J.S. Paluch Company, Inc.; 3708 River Rd, Suite 400, Franklin Park, IL 60131-2158. With Ecclesiastical Approval

Santa Francisca Xavier Cabrini (1850-1917) 13 de noviembre

Los fornidos estibadores miraron a la mujer vestida de viuda que interrumpió su bebida para pedir dinero, en un inglés quebrado, para su orfanato. La barra estaba en carcajadas cuando un hombre respondió escupiéndole en la cara. “Eso fue para mí,” sonrió la mujer. “¿Tienes algo para los niños?” Dado el debate nacional de hoy, ¿podría ser tanto el sentido del humor de Dios como la voluntad de Dios para nuestra santificación que nuestro primer santo “estadounidense” sea un ciudadano inmigrante y naturalizado? Frances Cabrini, adoptando el nombre de “Javier,” confió al Papa León XIII su anhelo de seguir a su patrón jesuita a Asia. Pero el Papa respondió: “¡No Oriente - Occidente!” Así que ella y sus Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón intercambiaron sueños exóticos de China por la realidad empobrecida de los guetos italianos en los Estados Unidos y América Central y del Sur.

Antes de su muerte, Frances había fundado setenta instituciones educativas, de salud, de servicios para niños y familias. Hoy, desde Siberia hasta Etiopía, en dieciséis países, las hermanas y laicos asociados de la Madre Cabrini encarnan su espiritualidad práctica:
2 “¡Pongámonos a trabajar! ¡Tendremos la eternidad para descansar!”

—Peter Scagnelli, Copyright (c) J. S. Paluch Co., Inc.